

LA MALDITA COMEDIA O LA DIVINA TRAGEDIA



(De la obra *Tríptico infernal*).

Mención Especial del II Certamen Internacional de Comedia
del Teatro Español de Madrid.

Tomás Afán Muñoz.

SINOPSIS.

Jugando a parodiar los clichés de diversos géneros (western, bélico, fantástico, político...). en esta obra se narran historias que partiendo de la eterna lucha entre el bien y el mal se adentran en el territorio de lo sobrenatural aunque explorando, en el fondo, asuntos absolutamente mundanos y terrenales.



LA GUERRA DEL INFIERNO.

Escena 1.

AGENTE. ¿Es usted Satán?

SATÁN. Sí señor.

AGENTE. Dese preso.

SATÁN. Pero no he quebrantado ninguna ley.

AGENTE. Eso ya lo veremos

SATÁN. No hay pruebas.

AGENTE. ¿Y la Biblia?

SATÁN. Literatura barata. Sensacionalismo amarillo. Yo soy un pobre artesano del fuego que trata de darle una oportunidad laboral a billones de almas desahuciadas por el elitista del cielo.

AGENTE. Me va a hacer llorar.

Escena 2.

SATÁN. ¿Dónde estamos?

AGENTE. En las catacumbas de la justicia.

SATÁN. Mierda.

AGENTE. Suéltalo ya. Habla de una vez. Escupe lo que sepas.

SATÁN. Pero bueno, qué formas son esas de interrogar a un pobre anciano. Mira que tengo muchos millones de años más que tú, que podría ser tu archimegatatarabuelo.

AGENTE. Menos evasivas y al grano.

SATÁN. ¿Qué?

AGENTE. Que cantes.

SATÁN. ¿Que cante el qué?

AGENTE. Lo que sabes, coño.

SATÁN. Aay, esa hostia sobraba.

AGENTE. Vamos, cojones.

SATÁN. Huy, qué patada. Coño, que soy un pobre ángel caído, y me has dao justo en la herida.

AGENTE. Te voy a cortar los cuernos como no hables.

SATÁN. ¿Pero qué mierda tengo que hablar?

AGENTE. El infierno, dinos dónde está el infierno o te machaco los huevos y te arranco la piel a tiras.

SATÁN. Aay.

AGENTE. ¿Dónde? Dime dónde está el infierno, o te saco los ojos con este destornillador.

SATÁN. Aquí, amigo, el infierno está aquí.

Escena 3.

AGENTE. Se resiste a hablar, comandante

COMANDANTE. Tenemos que salvar a todas esas almas en pena.

AGENTE. Ya, pero... es tozudo.

COMANDANTE. Debemos buscar un modo de que nos dé alguna pista de cómo llegar hasta el tártaro, el abismo, el caos.

AGENTE. No, yo le he preguntado por el infierno nada más.

COMANDANTE. Es lo mismo, inculto.

AGENTE. Bueno. El caso es que me temo que no hablará, quizás ni el mismo sepa cómo llegar hasta el infierno, puede que tal vez, incluso, ese lugar no exista.

COMANDANTE. ¿Está seguro de que es el auténtico Satanás?

AGENTE. Segurísimo.

COMANDANTE. ¿Lo ha comprobado?

AGENTE. Los cuernos, el rabo... todo encaja.

COMANDANTE. Ya, pero, en estos días eso no es suficiente.

AGENTE. Sí, pero además llevaba el carné de la biblioteca encima, y las tarjetas de crédito. Y mire, este es su carné de conducir, lo tenía aquí en mitad de esta guía de carreteras del Hades.

Silencio.

COMANDANTE. Carreteras ¿de qué?

AGENTE. Del Hades, ¿eso cae por el norte... creo ... verdad?

COMANDANTE. ¿Carreteras? ¿En el Hades?

AGENTE. La he cagao, ¿no?

COMANDANTE. Sensacional. Ya le tenemos.

Escena 4.

MINISTRO. Comandante, hemos hecho cálculos, y la operación no compensa.

COMANDANTE. ¿Cómo que no compensa? ¿Salvar a miles de millones de almas en pena que sufren un castigo eterno no compensa?

MINISTRO. Los gastos de desplazar todos nuestros efectivos militares varios miles de metros por debajo de la corteza terrestre son enormes.

COMANDANTE. Pero, piense en sus familiares fallecidos, podría salvarlos.

MINISTRO. Negativo, mis ancestros pertenecen al credo budista. Y para ellos no existe el infierno.

COMANDANTE. Pero realmente existe, mire estas fotografías; las llevaba consigo el individuo capturado.

MINISTRO. ¿Satanás?

COMANDANTE. Sí, mire. Es un lugar repleto de vicio y depravación. ¿Qué me dice?

MINISTRO. Hmm... sugestivo... excitante, incluso...

Pero no me convence, las bajas serían numerosísimas, esos tipos con cuernos y rabo deben de pelear como auténticos diablos.

COMANDANTE. Piense en la gloria que supondría ver nuestra bandera en lo más profundo del averno...

MINISTRO. Eso ya ocurrió cuando destapamos aquellos casos de corrupción en el Congreso... Un momento, déjeme esas fotos otra vez...

COMANDANTE. Tome.

MINISTRO. Me ha parecido ver... ¿Qué es esto?

COMANDANTE. Son plataformas de extracción petrolífera, el infierno está asentado sobre toneladas de combustible, ¿no lo sabía?

MINISTRO. Dios mío, tenemos que salvar a esos pobres pecadores como sea, movilización inmediata. ¡Arr!

Escena 5.

Se escucha una gran explosión. Hay humo por todas partes. Aparece un militar.

SOLDADO. *(Para sí, mirando a su alrededor)*. Uff. Esto es dantesco.
(Hablando a través de un walkie talkie). Buenas noticias, señor, hemos vencido. La operación “Relámpago en la oscuridad” ha sido un éxito. Sí, mi general, dominamos casi todos los círculos infernales. No, no es una victoria total... pero las tropas enemigas han tenido que replegarse. Pues... me temo que todavía conservan intacta su capital y gran parte de su fuerza destructiva. Y no será fácil desalojarles.

¿Víctimas colaterales? Pues... imagino que sí... los bombardeos han sido muy intensos... y la verdad es que... todo está lleno de cadáveres quemados... pero, señor, es inevitable, desde el Estado Mayor nos pedían resultados rápidos... ha habido que usar a tope nuestra fuerza de ataque. Además, ¿cómo podemos saber si toda esta gente calcinada la hemos matado nosotros? Estamos en el infierno. A lo mejor son víctimas del régimen. ¿O acaso no queman aquí a los pecadores? ¿Verdad? Pues eso digo yo...

No se preocupe, también hay gente viva.

¿Qué si la población civil superviviente nos está recibiendo con aplausos y con vítores? Pues no exactamente...

Los pobres están asombrados... no saben lo que está pasando... le hablo ahora mismo desde los suburbios, aquí viven hacinadas grandes bolsas de población en condiciones infrahumanas... sí señor, dentro de calderas hirviendo... no había visto nada parecido desde que visité aquel barrio de vagabundos en Los Ángeles.

Sí, aquí enfrente hay un grupo de lugareños... de hecho hay uno... que... me resulta muy familiar... perdone señor, tengo que colgar... sí, enseguida le llamo para informarle...

Sale un momento el SOLDADO y vuelve enseguida empujando a un SEÑOR MAYOR.

SEÑOR MAYOR. Oye... oye... quítame las manos de encima...

SOLDADO. ¿Es usted? No me lo puedo creer.

SEÑOR MAYOR. ¡Suéltame! ¡Déjame en paz...!

SOLDADO. Padre, soy yo... Antoñito...

SEÑOR MAYOR. ¿Qué?

SOLDADO. Padre, venga conmigo.

SEÑOR MAYOR. ¿Qué coño quieres?

SOLDADO. Estamos invadiendo el infierno.

SEÑOR MAYOR. ¿Pero qué os hemos hecho nosotros?

SOLDADO. No, si venimos a rescataros.

SEÑOR MAYOR. Y por eso usáis armas de destrucción masiva.

SOLDADO. Ah eso, bah, era porque nos hemos encontrado unos focos de resistencia ahí, conforme entras por las calderas de Pedro Botero, a la izquierda.

SEÑOR MAYOR. ¿Sí, en los depósitos de azufre?

SOLDADO. ¿Depósitos de azufre? ¡Coño! A nosotros así de primeras nos habían parecido armas químicas.

SEÑOR MAYOR. Pues hay que estar gilipollas.

SOLDADO. En fin... así son las guerras, padre.

SEÑOR MAYOR. Largaros de aquí, cojollos.

SOLDADO. Negativo. Esta operación militar es irreversible. En unos pocos días hemos neutralizado las principales vías de comunicación del enemigo. Y hemos acabado con toda su fuerza naval.

SEÑOR MAYOR. ¿Os habéis cargado la barca de Caronte?

SOLDADO. Y dominamos el espacio aéreo. Y también el acuático...

SEÑOR MAYOR. ¿La laguna Estigia entera? Madre mía...

SOLDADO. Estamos aquí para rescatarles, hemos venido a ocupar el infierno.

SEÑOR MAYOR. Pues a mí me dejas en paz.

SOLDADO. Véngase usted conmigo.

SEÑOR MAYOR. Yo no me muevo de aquí, que se está divinamente.

SOLDADO. Pero qué dice usted, si esto es un castigo eterno.

SEÑOR MAYOR. Ya, pero he congeniao muy bien con todo el mundo.

SOLDADO. Está usted bajo el síndrome de Estocolmo. Venga conmigo, padre.

SEÑOR MAYOR. ¿Para qué coño me has tenido que sacar de la caldera hirviendo?

SOLDADO. Padre ¿cómo le puede gustar el infierno?

SEÑOR MAYOR. Estoy ya habituaao, como me habíais mandao a tantos viajes del Imsero...

SOLDADO. Véngase conmigo, hombre. ¿Es que no tiene ganas de ver a sus nietos?

SEÑOR MAYOR. ¿Mis nietos? (*Reconsiderando su actitud*). Pero... ¿de verdad se puede salir de aquí?

SOLDADO. Claro.

SEÑOR MAYOR. Pues voy a decírselo a todo el mundo, que seguro que habrá un montón de condenados que quieran salir de aquí.

SOLDADO. ¿Un montón? Espere...

SEÑOR MAYOR. ¿Qué pasa?

SOLDADO. Es que... habrá que cumplimentar unos trámites burocráticos.

SEÑOR MAYOR. Unos... ¿qué?

SOLDADO. El problema es que no podemos admitir a mucha gente. Solo a los refugiados políticos.

SEÑOR MAYOR. Ah, políticos... pues esos están aquí en el infierno, toditos... ¿o es que conoces alguno que se haya ganado lo de ir a la gloria?

SOLDADO. No es eso... es que... verá... no tenemos recursos suficientes para construir campos de refugiados, pero a los que puedan pagar un hotel... les podemos conceder el visado de turistas, y tal vez con el tiempo... la ciudadanía...

SEÑOR MAYOR. Ah.

SOLDADO. Entonces ¿qué? ¿Se anima?

SEÑOR MAYOR. (*Dudoso*). Pueess.

SOLDADO. Venga, solo tendrá que firmar la solicitud de asilo.

SEÑOR MAYOR. Y una mieeeeerda. A mí en el asilo no me metéis otra vez, cabrones.

SOLDADO. ¿Qué?

SEÑOR MAYOR. (*Marchándose*). Aquí, las calderas estarán hirviendo, pero por lo menos no me atiborran a pastillas, ni me tratan como a un gilipoyas...

SOLDADO. (*Saliendo detrás*). Padre, padre, ¡vuelva!